

Nos habia invitado para hacer una expedicion al pequeño desierto que solo dista catorce leguas; pero la necesidad del regreso no lo permitió. En mi entusiasmo por la libre vida de los beduinos, se apoderó de mí una especie de tristeza que no tiene nombre, un ardor inquieto que me impelia a ir mas léjos: podria llamarlo *mal del desierto*. Tan cerca como estábamos de los misterios del África, no sé lo que habria hecho por poderles dar aunque fuera un vistazo. Mi imaginacion estaba llena de cuadros de la vida nómada é independiente, de fantasias, de cacerías de avestruz y antílopes; tenia en el espíritu aquellos espacios inmensos, prodigiosos, con la simplicidad de la vegetacion primitiva: ¡mío era el desierto, y en el momento de realizar tan hermoso sueño, hé ahí que se me escapaba todo! Ese mal de que habla Pückler, el mal de la curiosidad no satisfecha, existe en realidad; yo lo he sentido hoy.

Nuestro regreso se verificó por el mismo camino. De nuevo fuimos escoltados por spahis hasta Blidad, en donde nos detuvimos un momento en casa del general C\*\*\*. Llegando a las alturas vecinas de Argel, encontramos trece ómnibus, repletos de una banda de vagabundos despachados de Francia. Habian desembarcado aquella misma mañana, cantando la *Marsellesa*, y los mandaban a un claustro bajo la disciplina de los jesuitas.

Alcanzamos la ciudad a eso de las nueve de la noche. Para refrescarnos tomamos un baño en un establecimiento francés muy elegante, en el que hallamos excelentes fresas heladas. En fin, volvimos a bordo, con el cuerpo descansado y el alma llena de satisfaccion y entusiasmo.

22 de Julio de 1852.

Almorzamos hoy en casa del gobernador general, en su villa del Marabout; la mesa estaba dispuesta en el jardin, bajo una rica tienda empavesada entre los breñales y las flores. Dos músicas militares alegraban el almuerzo. La concurrencia era numerosa, el festin digno de la reputacion de la cocina parisiense, el champaña excelente: conversaciones animadas y espirituales sazonaban el placer de la mesa.

De allí fuimos a visitar la quinta de Yusuf situada en el decli-

ve de una colina, que linda con el jardin del gobernador general. Descúbrese en ella la huella amable del espíritu brillante y del carácter romántico del propietario. Por fuera, la casa, segun el uso morisco, es de esplendente blancura y sin adornos; mas en compensacion el interior era tanto mas lujoso y de buen gusto. Forma el centro un patio rodeado de columnas pintadas y doradas, y cubierto con ligero techado de vidrio. Arcadas moriscas, verdaderamente aéreas, comunican este patio con las habitaciones dispuestas en derredor, llenas de objetos de arte y de curiosidades. En el cuarto de dormir, se admira la cama de parada que Yusuf se mandó hacer cuando todavía era bey de Constantina. En una pequeña galería notamos preciosos aparadores árabes y dos retratos del dueño de la casa. Uno de ellos lo representa con uniforme de general francés; el otro de musulman, con el rico traje de amplios pliegues, de los orientales, y la barba larga y ondulante. Mil otros objetos atestiguan la fecunda imaginacion del propietario, ó el gusto fino y delicado de la señora de la casa. ¡Cuál no seria mi sorpresa al ver un grabado que representa la *Revista nocturna*, con una traduccion de los hermosos versos de nuestro querido y honrado Zedlitz, cuyo nombre se lee debajo con la calificacion de *poeta aleman!* Objeto seria este cuadro que regocijaria el corazon del poeta, porque siempre lisonjea hallarse a sí mismo en países lejanos, en medio de las mayores maravillas de la naturaleza.

Conocí hoy al amigo de corazon de Yusuf, actualmente general Arnaud. Hé aquí otro nuevo personaje cuya romántica vida nos pinta Semilasso del modo mas seductor. Hablé de Pückler-Muskau con el general, que ha conservado de él el mas noble recuerdo.

A un lado de la casa hay un platanar lleno de sombra y de fresco: es una plantacion agrupada alrededor de una pequeña cascada, y que presenta una imágen de la naturaleza americana: deben cogerse en ella frutos deliciosos. Altos y frondosos árboles extienden su follaje probando con su rápido desarrollo la feracidad del suelo, pues todo ha sido plantado por la mano misma de Yusuf.

Pero el rincon mas lindo, mas poético, está delante de la quinta del lado del mar. Al pié de una elevada palmera, se halla un

estanque rodeado de piedras: una agua siempre fresca retoza sobre las conchas y los corales, dando sombra a este vivero algunos chaparros y magníficos castaños. Sobre las aguas límpidas y transparentes, un cisne majestuoso, que se tomaría por algún príncipe metamorfoseado y retenido allí por un encantamiento, describe en silencio graciosas curvas. Necesario es haber tenido mucha imaginación y gusto para inventar tan delicioso cuadro.

Terminada esta visita, subimos al coche con el general Randon y algunos de sus huéspedes, para trasladarnos a Staoueli, convento de trapistas, y uno de los más interesantes establecimientos de los alrededores de Argel. La Orden austera de la Trapa, divide su tiempo entre la oración y el cultivo del campo. ¿En qué parte podría encontrar mejor su lugar que en una colonia naciente, donde faltaban los brazos y el gusto al trabajo, no menos que los buenos ejemplos y los estímulos?

Staoueli está a dos leguas de Argel sobre la costa. Allí abordaron por primera vez los franceses. El dey estaba sentado bajo una palmera formando abanico de tres ramas. Sus ojos se fijaban en los buques de guerra y en los perros cristianos que llegaban. Mientras más veía llegar, más contento estaba, pues, según su expresión, tantas más víctimas podría sacrificar al Profeta, y a sus vastos designios. Pero la suerte fué distinta: los francos batieron a los moros; y para consagrar aquella jornada, celebróse el sacrificio de la misa delante de las fuerzas victoriosas a la sombra de esas mismas palmeras que habían abrigado al gefe musulmán.

En este lugar tan interesante para la historia moderna de Argelia, es en donde los trapistas han fundado su convento según los verdaderos principios de los antiguos cristianos. Comenzaron su obra modestamente, con terribles sacrificios; en uno de los más salvajes lugares de la costa, donde no crecía más que la palma enana, llena de puas, semejante a una planta maldita. Muchos hermanos sucumbieron por los ardores del clima nuevo para ellos, y fueron enterrados en el cementerio recientemente establecido. Los que sobrevivieron atrajeron reclutas, y con su abad a la cabeza, trabajaron con la pala y el azadon, sin dejarse desanimar por el sudor de la frente. Dios bendijo sus penosos esfuerzos en los que no puede pensarse sin admiración y terror: creció el conven-

to, y se convirtió en un edificio regular de cuatro fachadas. Fundóse una alquería que contiene numerosos animales domésticos: la cultura, gracias a los prodigios realizados por un trabajo disciplinado y consagrado a Dios, no tardó en extenderse y hacerse floreciente.

El abad, verdadero apóstol de los antiguos tiempos, ha soporado todas las pruebas desde la fundación, y ha vencido hasta hoy, con un valor lleno de serenidad, las fatigas y los sufrimientos que el clima reserva a semejante empresa. Es un hombre cuyo carácter tiene algo de verdaderamente grande. Preciso es verlo con su venerable barba canosa, con sus hábitos blanco y negro, mostrar a los extranjeros su establecimiento. Lo hace con amor y con una especie de alegría infantil: designa sucesivamente cada planta y cada animal, y refiere su historia con ojos de fuego.

Necesario es conocer la región en que se halla Staoueli, y el calor sufocante de África; necesario es ver los arbolitos frutales de Francia ya cubiertos de magníficos frutos; necesario es haber gustado de la leche y de la mantequilla excelentes que dan las vacas de la alquería, para poder apreciar los trabajos de estos buenos y santos colonos, para formarse una idea del provecho que toda aquella nueva tierra puede sacar de sus ejemplos, para bendecir, en fin, con el reconocimiento que merece, una de las más sabias instituciones de la Iglesia a que pertenecemos. El gobernador general y todos los funcionarios tienen en mucho este convento; y en toda ocasión, colman de distinciones a sus piadosos habitantes: y es que nuestros libres pensadores dependen aún de la antigua religión siempre que su utilidad práctica se les haga sensible, y que los sacrificios que inspira se realizan de un modo palpable.

Fuera del claustro hay dispuesto un kiosco para recibir a la mujer del gobernador general, y a otras señoras de alto rango que no pueden entrar en el monasterio. Está construido entre el estilo morisco y la capilla. Nos sirvieron en él una colación compuesta de los excelentes productos del lugar; después de lo cual nos despedimos de aquellos bondadosos monjes.

Su regla es muy austera: trabajan todo el día; deben entrar a coro muy avanzada la noche, y no pueden hablar sin permiso de su abad.

La despedida fué cordial, y dejamos con sentimiento aquel lugar tan interesante para la historia del cultivo en Argelia.

Al regreso, vimos otro establecimiento no menos digno de elogio. Es el convento del *Buen Pastor*, lugar de refugio para las jóvenes extraviadas. Solo entran en él voluntariamente, y allí, sometidas a una disciplina rigurosa, tienen tiempo para arrepentirse y corregirse. Ultimamente se ha visto llegar a él a una joven señora muy elegante y bonita: nadie supo de dónde venía. Revestida con el hábito gris de la casa, hace en ella penitencia con una humildad del todo cristiana.

Nuestra última tarde en Argel la consagramos a una multitud de compras de mercancías orientales. Entre otras cosas, adquirimos muy hermosas armas y utensilios muy curiosos del uso de los beduinos y kabilos. Es un placer de los más instructivos, el de pasearse como un simple por aquellos bazares y almacenes.

A eso de las once de la noche nuestra columna de humo daba el último adiós a la ciudad morisca afrancesada.

# ALBANIA

## CAPITULO SEGUNDO

### UN RINCON DE LA ALBANIA

25 de Julio de 1853.

En los confines de la civilización se halla un país salvaje, que lleva el armonioso nombre de Albania. Compónese de cantones boscosos, en los que el hombre y el jabalí, el turco y el cristiano se dan alternativamente furibunda caza, y viven animados de odios y resentimientos implacables. En aquellos lugares la misa se dice todavía como en tiempo de Diocleciano, con sobrecogimiento de terror; los fieles se reúnen en los parajes tenebrosos que solo alumbran las luces del altar.

Para dar un apoyo moral a aquellos pobres católicos, cuyo número es considerable, y para observar en el terreno mismo su triste situación, había sido enviada la corbeta *la Minerva*, mandada por mí a las aguas de Albania. Esta misión habría sido de las más útiles, si no nos hubiesen faltado, para operaciones enérgicas, los medios de acción y el tiempo. Ella no estaba exenta de disgustos: después de los sangrientos episodios que acababan de pasar en Esmirna, no había un solo rincón de Turquía que no fermentase terriblemente. A título de extranjeros, desinteresados, es verdad, pero de quienes se podía temer humillaciones, éramos vistos con des-